

A-C.137/1

HONOR Á LOS QUE FUERON!

DON LUCAS DE TORNOS

Y

LA MALACOLOGIA ESPAÑOLA

Artículo publicado en LA RAZA LATINA

POR

MANUEL ANTON FERRANDIZ

DOCTOR EN CIENCIAS NATURALES, LICENCIADO EN FÍSICAS, AYUDANTE

POR OPOSICION DEL MUSEO DE CIENCIAS NATURALES.



MADRID

IMPRESA DE JOSÉ GIL Y NAVARRO  
7, SANTA ENGRACIA. 7

—  
1883



R  
59071

**HONOR Á LOS QUE FUERON!**



A-Gj 137/1



HONOR Á LOS QUE FUERON!



**DON LUCAS DE TORNOS**

Y

**LA MALACOLOGIA ESPAÑOLA**

Artículo publicado en **LA RAZA LATINA**

POR

**MANUEL ANTON FERRANDIZ**

DOCTOR EN CIENCIAS NATURALES, LICENCIADO EN FÍSICAS, AYUDANTE  
POR OPOSICION DEL MUSEO DE CIENCIAS NATURALES.



**MADRID**

IMPRESA DE JOSÉ GIL Y NAVARRO  
7, SANTA ENGRACIA, 7

—  
**1883**

HONOR A LAS QUE TORRENT

DON LUCAS DE TORRES

LA MATEMÁTICA ESPAÑOLA

Artículo publicado en LA GAZETA DE

POR

M. ANTONIO DE TORRES

DOCTOR EN CIENCIAS NATURALES Y MATEMÁTICAS



MADRID

Imprenta de Don Juan de Torres

1863

Á LA MEMORIA

del sábio y bondadoso profesor

JLMO. SR. D. LÚCAS DE TORNOS

*como débil prueba de admiracion por su  
ciencia, de respeto por su dignidad y de en-  
tusiasmo por sus inagotables virtudes, dedica  
este escrito su ayudante y amigo*

**M. Anton**



A LA MEMORIA

DE LOS

SEÑORES

que en el presente año de 1808 se han reunido en el  
Congreso de Cádiz para deliberar sobre el destino de  
esta América, y sobre el modo de gobernarla, y sobre  
los medios de defenderla de los ataques de los  
ingleses, y de los franceses, y de los portugueses,

Y





## I.

Fué el 4 de Setiembre del año que acaba de terminar, cuando se truncó la dilatada vida, con profundo dolor de cuantos le conocíamos, del Ilustrísimo Sr. D. Lucas de Tornos, catedrático eminente y celoso director del Museo de Ciencias naturales de Madrid.

Parece imposible que, después de haber consagrado sesenta años de su larga existencia á las rudas tareas de la enseñanza; después de haber concentrado todas las luces y todo el vigor de su espíritu en el estudio de las ciencias; después de sacrificar especialmente á la Malacologia su por-

venir, sus ventajas de médico entendido y reputado; cuando todavía humean por los resquicios de su tumba, los vapores de su cerebro; se percibe en las aulas del Museo de la calle de Alcalá el hálito misterioso de su espíritu; no acabaron de verter lágrimas los ojos que le lloran y están sus hechos recientes, se nieguen sus méritos, se oscurezcan sus glorias, se menosprecien sus servicios y se azote su memoria con el látigo de una crítica dura, altiva é implacable.

Tales son los sentimientos que surgen espontáneamente en nuestro ánimo al leer la introducción, que, con el epígrafe de «La Malacologia en España,» acaba de publicar el Sr. G. Hidalgo en su obra intitulada «Moluscos marinos de España y Portugal.» Desdichados deben ser los tiempos presentes, cuando en libro de tal naturaleza, que ha de ilustrar el juicio de la posteridad, contribuyendo á formar la historia de la ciencia en nuestra nación, se derriba el alto puesto que el Sr. Tornos supo conquistarse con su talento y su

trabajo, y no solamente se niegan con refinada crueldad los grandes servicios que prestó á la ciencia malacológica, sino que con deplorable propósito se suponen faltas, se acumulan censuras, y se lastima inconsideradamente cuanto corresponde á su gestión y á sus desvelos, en beneficio de las colecciones anejas á la clase, que tan distinguido profesor desempeñó.

○ Ayudante yo de las cátedras del Museo durante los tres últimos años de la vida del Sr. Tornos, trabajando á sus órdenes en la clase y en las colecciones, llegué, en sus postreros días, á la honra de su confianza, de su intimidad; y tal es la veneración con que guardo en la mía su memoria, tal cariño, tal fervor me inspiraba aquel anciano de nevada cabeza, de venerable majestad, de sencilla ingenuidad y de bondad excesiva, inagotable, sin igual, que me creo, antes que nadie y por encima de todos, obligado á defender su ilustre nombre, á velar por su reputación científica. No he podido dudar ni vacilar un momento;



callar fuera ingratitud, fuera punible indiferencia, y no concebimos ni aún la posibilidad de albergar tan menguados sentimientos. Sí, sobre mi hombro apoyaba su temblorosa mano para alcanzar el estrado de su sitial, en mi brazo aseguraba su octogenario y vacilante paso, cuando revistaba aquellas colecciones tan injustamente censuradas. Hasta el Sr. Hidalgo lo comprende así, y parece que me provoca enviándome directamente el cuaderno, repartido con profusión por todas partes.



## II.

No hay necesidad de demostrar lo evidente, y sería innecesario consignar, que nadie como el Sr. Tornos merece un tributo de honor en la historia de la Malacología Española, si los estudios de las ciencias naturales y los hombres que dirigen las corrientes, ayer nacidas y apenas encauzadas, de su propagación en nuestro país, lograsen ya, como en otros mas adelantados acontece, penetrar el espíritu público informando el carácter de la instrucción general. Por desgracia, la esfera de aquellas ciencias mide en nuestra sociedad cortísimo radio, y los que dedicaron su

vida entera á dilatar sus espacios con perseverancia, con fé y con la modestia que es compañera íntima de la verdadera sabiduría, no siempre logran atraer las miradas de la muchedumbre, y sus esfuerzos, sus méritos pudieran pasar desapercibidos ante la vista retrospectiva de las futuras generaciones, si entre los escritores sus contemporáneos no encuentran aquel fondo de justicia y de verdad, que debe ser primera materia de toda historia imparcial, y de toda crítica razonada.

Nos parece por demás injusta y apartada de la verdad una historia de la Malacología Española, que no encuentra en el primero que la profesó en España y en la Universidad de Madrid, *muerto há poco, muestra alguna que pueda servirle para ilustrar su memoria.*

Por fortuna, sé yo que estarán conmigo para rechazar esta frase todos (ménos el Sr. Hidalgo) los alumnos, que en el período de cuarenta años sucesivos, se honraron con el título de discípulos del Sr. Tornos, y hoy explican las cátedras de

Historia natural, con gran provecho para la ciencia, en todos los Institutos y Universidades de la Península. Porque todos seguramente recuerdan con veneración y con amor la palabra exuberante, fácil, correcta y vigorosa de aquel profesor insigne, que contribuyó, cual ningún otro, á la difusión y á la propagación de los conocimientos malacológicos; aquel constante entusiasmo con que acudía á su clase sin haber faltado jamás un solo día; aquel su minucioso análisis en la observación, y sobre todo, aquel génio poderosamente sintético, y por lo mismo poderosamente didáctico, con que de los hechos concretos sabía remontarse á las más abstractas generalizaciones, buscando con maravillosas inducciones lo absoluto en la trama de las relaciones, lo infinito en las misteriosas evoluciones de lo finito, y la unidad en la prodigiosa variedad de los fenómenos orgánicos y biológicos.

Nadie en tan alto grado como él supo erigir el magisterio en sacerdocio, consagrándole todo



su tiempo, toda su atención, toda su inteligencia. A semejanza de aquellos antiguos filósofos de la clásica Grecia, maestros de la amena Academia ó peripatéticos del Liceo, discurría seguido de sus alumnos por las sombrías galerías del Museo, mientras proyectaba su elocuencia en los horizontes del saber iluminando los misteriosos arcanos de la Naturaleza, con aquel afán de enseñanza, que constituía el fondo de su carácter, absorbía todas sus facultades, y en cuyas aras sacrificó primero los tesoros de su biblioteca y de sus colecciones particulares, que cedía generosamente á sus discípulos, y más tarde inmoló su salud y hasta su vida; porque con detrimento de ambas, en sus postrimeros días, hojeaba su trémula mano las publicaciones más recientes, y consumía los últimos destellos de sus ya apagados ojos, buscando nuevas ideas en los progresos de última hora, para modificar y reformar las antiguas y siempre nuevas lecciones de su programa.



Sin reparar en costosos dispendios, sin escasear esa abnegación, solícita y cuidadosa, sólo comprendida de los colectores, consiguió reunir y clasificar más de diez mil ejemplares de conchas y zoófitos, algunos admirados en París por el mismo Chenu como únicos ó muy raros. No guardaba estas riquezas como avaro, sino como sábio; en su casa estaban dispuestas á la observación de quien lo solicitare, y su celo por los intereses del Estado fué tan extremado que (caso raro y digno de especial mencion) empleó constantemente su colección particular en los ejercicios prácticos de sus lecciones, para guardar así más fielmente, y atender con mayores cuidados á la conservación y buen órden de las del Museo.

Con vivo empeño y pertinaz diligencia contribuyó á enriquecer y multiplicar las antes exhaustas colecciones del establecimiento, cuyo director fué durante algunos años. Él clasificó, en efecto, la antigua colección de conchas, y puesto que el señor Hidalgo nos dice, que *su clasifica-*



*ción deja muchísimo que desear*, debiera añadir, porque no lo ignora, que este trabajo se hizo en tres meses por mandato superior, apremiante, sin tener más libro de consulta que la obra clásica de Lamarck, por todo extremo insuficiente para empresas de este género. Con todo esto, está perfectamente hecha la denominación de casi todos los ejemplares; circunstancia que acredita los vastos y seguros conocimientos conchiliológicos del discípulo del célebre magistral Cabrera, nunca superados por ningún naturalista español.

En su tiempo se adquirió la colección del Mar Rojo, la llamada de Aldamar, se compró la muy notable de Paz y Membiela, otra más reciente de equinodermos vivientes, y le sorprendió la muerte, reuniendo ya los elementos de una nueva colección de Moluscos y Zoófitos de España.

Afortunadamente, buscaba en el Escorial alivios á su quebrantada salud, durante el verano del año 1880, y no le alcanza el anatema de *torpeza* fulminado por el Sr. Hidalgo, contra los que

trasladaron desde la estufa del Botánico al edificio de la calle de Alcalá, la por muchos conceptos celebrada, y por otros desdichada colección del Pacífico. En aquella ocasión, sin embargo, todos cumplieron con su deber, ajustándose á las órdenes recibidas, aunque otra cosa se afirme con pueril, ó acaso con maliciosa ligereza. De tal manera se avivó el celo, se extremaron los cuidados, que ni un solo ejemplar sufrió en la traslación el más mínimo desperfecto, y aún se acudió á tales medidas y previsiones, que las cosas quedaron donde están en el orden mismo en que estuvieron arregladas. A decir verdad, esta patente de torpeza, que con tan delicada y atenta generosidad se nos concede, la merece con más elevados títulos, quien, arrancando las primitivas etiquetas de la colección Aldamar, borró sus datos geográficos, despojándola de aquel mérito, que con justos motivos se tiene actualmente por más estimado entre los naturalistas.

Gloria inmarcesible y esplendorosa merecé,



pues, en la historia de la Malacología Española, aquel sábio y modesto profesor, que sembró en nuestro país las semillas de esta ciencia, cultivó su campo con fecunda laboriosidad, y con generosa mano prodigó entre sus discípulos los frutos recogidos por sus estudios, sazonados con la luz de su inteligencia, y hermoseedos con los colores de su palabra. Primero entre los que la enseñaron, primero entre los colectores; cuantos hoy quedan, con rarísima excepcion, fueron sus discípulos. Puso los cimientos, trazó la planta y levantó la parte mayor del edificio; otros le coronarán y perfeccionarán, pero nadie logrará arrebatarse su gloria sin que desde el fondo de su sepulcro se alce la verdad reclamando sus inviolables derechos.

No se declame diciendo que entre sus obras, ninguna trata de los moluscos; asegurando que la gloria de los que no escribieron, es flor que el tiempo marchita y deshoja con su mano secular. No importa. Cuando los pétalos se desprenden,



maduran los frutos, que albergan en su seno los gérmenes de las nuevas generaciones, cuyas brillantes corolas y frondosas ramas no existieran jamás sin aquella solitaria flor, que á todas las engendró. Ningun libro escribió Sócrates. ¿Quién se atreverá á borrar su nombre inmortal escrito con letras de oro en el pórtico de la filosofía griega?



### III.

Los que lean la *Introducción* á la obra ya citada del señor Hidalgo, publicada en la entrega 17.<sup>a</sup> en ocasión en que se halla vacante la cátedra que desempeñó el Sr. Tornos, encontrarán la clave del enigma, reparando en aquella paladina franqueza, en aquellas singulares declaraciones en que se consignan las aspiraciones del autor al cargo de profesor de Real orden de la mencionada asignatura.

El objeto único de toda historia, son los hechos pasados, su fin la enseñanza de las genera-

ciones presentes y venideras. Irremisiblemente se desborda, saliendo de sus propios cauces, una historia que tiene *dos objetos*, según confiesa su propio autor, y como consecuencia lógica, tiende á dos fines claramente presentados: uno el que su nombre indica, otro la expresión de una aspiración concreta, personal á la cátedra de Malacología. Aisladamente considerado este último fin, merece nuestro respeto, y nada observaríamos en él pertinente al objeto que nos ocupa. Por desgracia, se le encuentra como *substratum* general de los datos históricos allí consignados, palpita en todas las páginas, infiltra el criterio del historiador, tuerce su ánimo recto, oscurece su buen juicio, eclipsa su inteligencia y la preocupa hasta un tal extremo, que desvanecido por el humo del turbulo removido por su propia mano, edifica el pedestal de sus particulares glorias, hollando al mismo tiempo la reputación científica del que fué su maestro, desautorizando los conocimientos especiales del profesorado de provincias y ne-



gando la virtualidad de la oposición, como medio de ingresar en el profesorado.

La oposición es y será siempre, el procedimiento más eficaz, más justo y más legítimo para proveer todos aquellos cargos, cuyo ejercicio y desempeño requiere conocimientos científicos, y ciertas dotes intelectuales. Esta es verdad de facilísima demostración, y aún nos atrevemos á decir, de sentido comun, con tal arraigo implantada en la conciencia pública, que se abre paso en la práctica del régimen administrativo del Estado venciendo obstáculos, y ganando cada vez más terreno y mejores posiciones en la lucha titánica, que riñe contra la burocracia y el nepotismo político, sostenidos y auxiliados por ciertas notabilidades, que no se atreven á mostrar la conciencia de su saber ante el juicio público, ni á someterse al veredicto de un tribunal competente.

Para las cátedras especialmente, y en general para todos los ejercicios del profesorado, no de-

hiera encontrarse otro camino practicable, ni es posible inventar otro que pueda recorrerse con más dignidad. Es un sistema perfecto, en cuanto cabe emplear esta palabra en su sentido absoluto. Si en ocasiones resulta ineficaz, no se culpe al medio, sino á los encargados de aplicarle; en el criterio humano, el mal y el bien, pueden vivir juntos como en una misma roca el diamante y el pedernal.

El que condene la oposicion, que presente un procedimiento mejor. Fuera de él, no cabe más que el nombramiento arbitrario, que es perfectamente absurdo, ó el concurso libre, sin límites, que presenta mayores inconvenientes y ninguna de sus ventajas; porque, entonces, ¿qué criterio puede presidir la eleccion? Si se juzga de la capacidad de los aspirantes por el número de obras publicadas por cada uno, ocurre preguntar: ¿son todas excelentes? ¿Son completa y perfectamente auténticos todos los libros? Si se atiende á su mérito y calidad, ¿quién lo puede aquilatar?

Sólo un tribunal competente; pues hé aquí la oposición, pero defectuosa, incompleta en extremo, porque se excluye de ella á cuantos por falta de tiempo ó recursos pecuniarios, ó por otras mil circunstancias, no publicaron libro alguno, y porque, súprimidos los ejercicios orales de programa y método científico, es de todo punto imposible apreciar las dotes didácticas del opositor, que son de tanta importancia y aún más que sus conocimientos en la materia.

No hay que perder de vista ni confundir los términos: bueno es que el profesor sea un sábio; pero ¿de qué sirve un sábio que no sepa enseñar?

Precisamente, para aquellos hombres ilustres, autores reputados de reconocida sabiduría, son en primer término ventajosas las oposiciones, porque llevan á la balanza del tribunal el peso de sus obras y de su reputación unido á su genio, á su talento y á su elocuencia, y fácilmente se ciñen el laurel de la victoria. Ahí están como



ejemplo, entre otros muchos que honran nuestros establecimientos de enseñanza, Castelar, Menéndez Pelayo, y el eminente anatómico Sr. Calleja, que, siendo ya catedrático por oposición en Valladolid y autor de obras, que son monumentos de gloria para la ciencia española, acudió de nuevo á la oposición para obtener su cátedra actual en la Universidad de Madrid.

Ninguna asignatura como la zoografía de moluscos y zoófitos exige la oposición con más irrefutables argumentos. Única en el plan de enseñanza vigente, no hay quien pueda vanagloriarse de haber encerrado, ni en un libro, ni en muchos, sus dilatados horizontes. El Sr. G. Hidalgo, nos complacemos en reconocerlo así y por ello merece títulos de consideracion, que no le negamos, ha logrado dar á conocer en sus escritos unas setecientas especies de conchas de la fauna española, casi todas ellas ya descritas anteriormente, y algunas de la americana; mas téngase presente que ascienden próximamente á 50,000 las



especies de moluscos y conchas enumeradas, y son todavía en mayor número las de zoófitos é infusorios.

Estudio el de estos últimos séres de mayor importancia y de más trascendentales consecuencias que el de los primeros, en cuanto á él acuden principalmente y de él arrancan á la vez las modernas teorías biológicas, que invaden el campo de la Filosofía natural, y alimentan las corrientes del positivismo francés, del materialismo alemán y del moderno experimentalismo inglés en todas sus fases evolucionistas y transformistas.

Asunto es este, que involucrado y confundido en la «Historia de la Malacología Española» con el que se refiere al largo y brillante profesorado del Ilmo. Sr. D. Lucas de Tornos, no podíamos ménos de tratar.

Pudiera haberlo hecho el Sr. G. Hidalgo sin menoscabar el crédito científico del que fué su maestro; sin negarle el puesto honroso que de de-



recho le corresponde en aquella historia, y sin abrumarle con sus censuras, más graves cuanto fulminadas por persona reputada en la materia; y calláramos nosotros; que si estamos y estaremos siempre, sin vacilaciones y sin temor de ningún género, prontos á defender la memoria de aquel anciano venerable que nos enseñó á deletrear el libro de la Creación, deploramos con toda la efusión y el sentimiento de nuestra alma que tal ocasión se nos presente.

Aquí, donde tan pocos somos los que tenemos valor para consagrarnos al estudio de las ciencias naturales, sin más norte ni más esperanza que aquellos sublimes, incomparables sentimientos estéticos que despierta la contemplación de la Naturaleza, necesitamos, más que en naciones de mayores progresos, aquella comunión de ideas y armonía de sentimientos, que se traducen en manifestaciones de un mismo criterio, si no en cuanto á las doctrinas, por lo menos en lo tocante á las personas.

Una preocupación del momento, un error, del que acaso nadie esté exento en determinados estados del espíritu, ha podido llevar al Sr. Hidalgo, sin quererlo, quizá, y sin conciencia plena de su mismo entendimiento, á juzgar equivocadamente los actos del que fué su maestro, y le prestó generosamente sus libros y colecciones. De esperar es que en adelante, con más libertad de ánimo, encontrará ocasión de rectificar su juicio en otras páginas de su notable publicación.

Entre tanto hemos cumplido con un deber para nosotros sagrado, y alcanzaremos bastante recompensa, si merecemos la aprobación de aquel cuya memoria vivirá siempre en la nuestra, como maestro respetable y como amigo cariñoso.



1024042













